



A MÍ EL PELOTÓN

Y OTROS ESCRITOS DE FÚTBOL



PATXO UNZUETA

Prólogo de
SANTIAGO SEGUROLA

«El mejor cronista de fútbol que he conocido es Patxo Unzueta», afirma Santiago Segurola, otro de los grandes periodistas deportivos, que no duda en calificar *A mí el pelotón* de antológico. El libro se centra en los mejores años del Athletic de Bilbao y en los jugadores que contribuyeron a la leyenda del club. No es un libro solo para los feligreses de San Mamés, es un ejemplo de periodismo deportivo que era necesario recuperar y que se lee con la emoción, incertidumbre e intensidad de una novela. Considerado como uno de los mejores textos de la literatura deportiva española, *A mí el pelotón* se completa con una amplia selección de escritos de fútbol, nunca editados en libro, que abarcan desde los años 80 hasta la actualidad, y que salen del territorio del Athletic para llegar a la rivalidad Madrid-Barça o a personajes como Valdano o Iniesta.

A los futbolistas de la familia: Jon, Txabi y Daniel Unzueta, Jon Basauri y Oier Zurimendi, que tenían entre menos cinco y más seis años cuando el Athletic volvió a ser campeón (y se escribió este libro).

Prólogo

Mi libro más querido amarillea por el paso del tiempo y revela el desgaste al que se ha sometido, aunque todavía sobrevive la pequeña etiqueta de la librería Cámara —mi favorita— adherida a la primera página. Allí, en 1986, compré *A mí el pelotón*, el mejor libro de fútbol que conozco. Lo he prestado numerosas veces y, al contrario de lo que suele suceder, siempre ha vuelto a mis manos, quizá porque mis amigos no se atreven a despistarse. Todos saben del afecto y la admiración que siento por Patxo Unzueta, autor de un clásico descatalogado que reclamaba una urgente reedición.

Han pasado 25 años y aquí está de nuevo *A mí el pelotón*, que no ha perdido ni un gramo de vigencia. Si acaso ha mejorado con el tiempo. Lo sospeché desde el principio, aun antes de la publicación del libro por la Casa Baroja. Durante el Mundial 82, aparecieron tres perfiles en *El País* que fueron un descubrimiento para la parroquia de lectores y aficionados al fútbol. Los firmaba Patxo Unzueta y los archivé inmediatamente. Los personajes eran Zarra, Pannizo y Gainza, el famoso terceto de la delantera del Athletic de los años cuarenta y buena parte de los cincuenta. La aproximación de Unzueta a sus ídolos de la infancia desprendía todo aquello que atrapa a los lectores y les convierte en fieles irredentos del periodista.

Aquellos perfiles trascendían lo habitual en el periodismo. Estaban sostenidos por un delicado equilibrio de rigor, precisión, respeto y elegancia. Tenían estilo y gracia. Un fi-

nísimo sentido del humor recorría los textos, que añadían otra particularidad: la oblicua y literaria mirada de Patxo, que convertía a sus ídolos en esos personajes de novela que dejan a los lectores con la necesidad de saber más de ellos, de su tiempo, de sus vicisitudes. Este raro don para redondear una historia y dejar a los lectores hambrientos es la cualidad distintiva de los grandes periodistas.

Sorprendieron los tres relatos por su belleza y por la identidad de su autor. Hasta entonces, los lectores solo teníamos noticia de Patxo Unzueta como cronista de la convulsa escena política vasca. Los más jóvenes no sospechábamos que detrás del intelectual se refugiaba el hincha que, poco tiempo después, trazaría mejor que nadie la saga del Athletic que ganó dos Ligas y una Copa a mediados de los años ochenta. Conviene decir que los más jóvenes tampoco sospechábamos que el Athletic reeditaría unos éxitos que comenzaban a perderse en la noche de los tiempos.

Nuestra generación fue la primera que creció con miedo, la primera que escuchó las profecías del descenso y la que asistió estupefacta a la derrota por 7-1 en el Bernabéu (1980), la que leyó al día siguiente el artículo de Mario Onaindia en *El País*, una de esas notas doloridas que nos transportaba al mundo real y nos sacaba del agradable calor de la infancia, el de nuestros padres y hermanos mayores, portavoces familiares de las triunfales historias del Athletic y la mística de sus ídolos. La temporada anterior se había retirado Iríbar y todos nos sentimos huérfanos y asustados, como si se hubiera roto el eslabón que unía el mito y la realidad. El mito estaba consagrado en los apellidos de los viejos héroes —Belauste (autor en los Juegos de Amberes del «A mí el pelotón, Sabino, que los arrollo», arrebató fundacional de lo que luego se conoció como «furia española»), Pichichi, Iraragorri, Gorostiza, Zarra, Panizo, Gainza, Carmelo, Arteche, Garay, Maguregui y el incomparable Irí-

bar—, pero la realidad nos conducía a derrotas insoportables y a miedos novedosos.

Nadie adivinó lo que sucedería después, cinco años memorables de éxito y destrucción, protagonizados por un equipo que ganó dos Ligas, una Copa y alcanzó otra final antes de sumirse en el delirante proceso que derivó en el caso Clemente-Sarabia, una de esas historias que encierran todos los mecanismos de las tragedias: ambición, vanidad, sometimiento, miedo, división y personajes de toda estirpe —pusilánimes, exacerbados, sutiles y algunos de origen imprevisto—. Este episodio, cuyas consecuencias todavía no se han sofocado 25 años después, se escenificó en el Athletic, pero su contenido es universal, un verdadero ensayo sobre lo que significan los egos descarrilados y el populismo agitador.

A través de un personaje fascinante y patético a la vez, en estos días se reproducen en un famoso club muchos de los comportamientos que aniquilaron al Athletic, circunstancia que señala el carácter intemporal del libro y los actores del fútbol. Lo interesante es encontrar una voz capaz de detectar el hilo conductor de esos conflictos, donde el carácter, las intenciones y las estrategias de sus protagonistas suelen perderse en el atronador ruido que se produce alrededor de ellos. *A mí el pelotón* es fascinante por muchos motivos, pero sobre todo por la intuición de Patxo Unzueta para observar el germen del desastre en medio de la felicidad. Mientras aquel equipo —integrado casi absolutamente por jugadores formados en Lezama— ganaba títulos y río arriba llegaba hasta Bilbao en la gabarra, aclamado por un pueblo que en aquellos días solo encontraba en el Athletic un motivo para la satisfacción, Unzueta comenzaba a percibir las señales del inminente desplome.

Si la primera parte del libro nos presenta al Athletic a través de sus viejos mitos, la segunda es el territorio de la celebración. La tercera es el espléndido ejercicio procesal del conflicto que derivó en el despido de Clemente, cuatro

años y medio después de su designación como entrenador del equipo. En ese periodo tan breve, Patxo Unzueta se destapó ante los lectores como un referente indispensable. Buscábamos sus crónicas y esperábamos sus apuntes entre semana. Y si no aparecían, nuestra adicción se multiplicaba. Queríamos leerle. Nos producía la clase de entusiasmo que hacía de los periódicos lo que no son ahora: un reclamo a la inteligencia, al aprendizaje y al respeto por el lector.

Guardé todas y cada una de sus crónicas durante casi cinco años. Construí con aquellos recortes mi archivo privado, convencido de que era el perfecto material para un libro, como así ocurrió. Todavía poseo aquellas carpetas, signo de un tiempo donde no había computadoras, internet, ni teléfonos celulares. Patxo Unzueta escribía sus crónicas a mano y las pasaba por teléfono a las secretarías de redacción de Madrid, que pacientemente las escribían a máquina —«Athletic: A de Alemania, te de Teruel, hache de Huesca, ele de Lérida, e de España, te de Teruel, i de Italia y ce de Cáceres»— y trasladaban los textos a la sección de Deportes. Este proceso amanuense exigía papel, bolígrafo, nervios de acero, alguna cabina telefónica a mano y la impaciencia del redactor jefe, apremiado por la hora de cierre. Lo más sorprendente en el caso de Patxo es que, además de perfectamente descriptivas, sus historias y crónicas estaban trufadas de anécdotas, citas y fechas. Unzueta fue nuestra Wikipedia de los ochenta, pero con más precisión en los datos y mucha más originalidad en el relato.

Todo aquel cuerpo de crónicas, reportajes, entrevistas, perfiles y análisis se cerró con la destitución de Javier Clemente como entrenador del Athletic, en la última semana de enero de 1986. Fueron días traumáticos que completaron el círculo de éxito y autodestrucción al que estaba destinado el entrenador y el Athletic. No conozco en el periodismo deportivo un ejercicio más brillante que el Patxo Unzueta en aquellos días. Durante la semana de autos, su análisis del conflicto fue excepcional por el detallado dibujo

psicológico de los personajes, la audacia para transmitir la tensión de la trama, la frialdad para exponer los hechos y, a la vez, la astucia para rastrear detrás de las fachadas de los protagonistas. Crecía en cada crónica la sensación de suspense, de un final irremediable e inminente, del último episodio de una época irrepetible.

Ese suceso cerró un ciclo y generó un libro, *A mí el pelotón*, que se publicó pocos meses después, editado por la Casa Baroja de San Sebastián, con portada de José Ibarrola, basada en la célebre foto de Claudio hijo tras la victoria del Athletic, capitaneado por Gainza, sobre el Atlético de Madrid de Peiró y Collar en la final de 1956. Y aunque es cierto que la referencia es local —el Athletic y sus circunstancias—, se equivocan quienes piensen que es un libro de ámbito restringido. Todo lo contrario. No se puede leer *Dublineses* como el relato costumbrista de la capital de Irlanda, ni se puede concebir *A mí el pelotón* como el limitado escenario para la cofradía del Athletic.

El alcance de *A mí el pelotón* es universal, condición que procede del ingenio de Patxo Unzueta para trascender lo familiar, lo cercano, y convertir sus historias en asuntos sin fronteras, propios del fútbol en cualquier ciudad, país o continente. De alguna manera, el libro posee esa cualidad de los relatos de Roberto Fontanarrosa, cuya irredenta adscripción a Rosario Central no evitaba que los lectores, cualquiera que fuera su equipo, se identificara con los descaharrantes personajes del fallecido escritor argentino.

La saludable reedición del libro se debe a Manuel Montero, editor de Córner y declarado defensor de las virtudes del periodismo deportivo, admirador, por ejemplo, de las aproximaciones de Norman Mailer o Gay Talese a personajes como Muhammad Alí o Joe di Maggio, escritores pertenecientes a una cultura, la anglosajona, donde el deporte es el escenario perfecto para las mejores historias y la mejor literatura. En este caso, ha elegido el libro adecuado. En su segundo nacimiento, *A mí el pelotón* cuenta además

con otras magníficas piezas de Patxo Unzueta procedentes de sus fugaces incursiones por las páginas de Deportes en los últimos 25 años. Se trata de un valor añadido y necesario porque nos devuelve el singular punto de vista del autor sobre el fútbol en otro tiempo y en otras circunstancias muy diferentes a las que acontecieron en los imborrables días del Athletic campeón.

SANTIAGO SEGUROLA

A MÍ EL PELOTÓN

Cartas boca arriba

Mi más remoto recuerdo es este: estoy en el patio del Instituto de Bilbao —mi abuelo era bedel— jugando con una pelota mientras como unas galletas. Una pelota azul. Unas galletas pequeñas en forma de animales y con un sabor especial. Alguien llega con un precioso caballo de cartón. Me dicen que es para mí, un regalo, y que puedo montarme. Lo hago sin soltar la pelota. Cuando estoy arriba trato de asirme a las orejas de la maravilla de cartón, pero la pelota se me cae de las manos y rueda unos metros. Forzado a tomar una decisión, elijo abandonar el flamante regalo y seguir jugando con mi pelota de goma.

Nunca he vuelto a comer galletas como aquellas, pero cada vez que veo un caballo de cartón o una pelota de color azul celeste me sube al paladar, o mejor dicho al cerebro, el especial sabor (anisado, deduzco ahora) de aquellas figuritas —patos, peces, leones— de galleta.

Naturalmente yo no lo recuerdo, pero dice mi padre que la primera frase completa que aprendí a pronunciar, y que casi gritaba cada vez que bajaba al patio con la pelota, fue esta: «Yo ero Gainza». Por lo visto tenía dificultades con el presente de indicativo y me las arreglaba con esa personal adaptación a tiempo actual del pretérito imperfecto.

De manera que a los dos años no solo había elegido ya entre la palpitación y la inmovilidad ecuestre, entre la ética y la estética, entre la épica y la hípica, entre la acción y la equitación (en una palabra: entre el fútbol y todo lo de-

más), sino que ya era Gainza (o aspiraba al menos a poder decir algún día que casi lo había sido).

El historiador Juan Pablo Fusi, que es donostiarra, me confesó en cierta ocasión que sus dos sueños imposibles de la infancia y primera adolescencia habían sido, por este orden, ver ganar el campeonato de Liga a la Real Sociedad, y figurar entre las tropas vascas de liberación que entraban en San Sebastián tras haber derrotado a Franco y todo lo que este representaba. De ambos sueños, el que Fusi consideraba más utópico (el primero, evidentemente) pudo verlo realizado aquella tarde, poco antes de la conversación que relato, en que Zamora marcó su decisivo gol en el Molinón.

Eran las tres de la madrugada, en Madrid, y puestos a desnudar el alma, me vi obligado a revelar a Fusi cuál había sido mi propio sueño imposible de toda la vida, combinación en cierto modo de los dos suyos: yo también era el capitán, o al menos su lugarteniente, y también viajaba encaramado en las cartolas de un camión que entraba en Bilbao por Achuri. La gente nos aclamaba porque habíamos derrotado, en las mismas barbas de Franco, a nada menos que al Real Madrid, y volvíamos a casa con la Copa.

Más concretamente: a los 13 años perseveraba en ser Piru Gainza, o al menos Arieta.

El extremo izquierda del Athletic fue, así pues, mi primer héroe. Algunas veces he pensado que tal vez de ahí me viniera cierta ulterior propensión a contemplar la vida desde un ángulo próximo al banderín de córner. Porque he de decir, en honor a la verdad, que los héroes posteriormente incorporados a mi olimpo particular, desde Guillermo Brown hasta Felipe —el de las tiras de Mafalda—, desde Jorge Oteiza a Manolo Sarabia, desde Unamuno y Meabe a Ernesto Guevara y Gustave Flaubert, tuvieron todos, incluso si ellos lo ignoraban, algo de zurdos: gentes que amagan hacia fuera, pero recortan hacia dentro, personas que frecuentan el borde exterior y amenazan irse, pero se

quedan. Disidentes, en una palabra, en cuyo corazón luchan los bandos y que solo aman el presente por lo que de (pretérito) imperfecto tiene.

El presente era sin duda muy imperfecto en el Bilbao de comienzos de los cincuenta, pero yo lo ignoraba aquel domingo por la tarde en que mi padre me llevó por primera vez a San Mamés. El Athletic venció por 6-1 a la Real Sociedad y todavía hoy, tantos años después, soy capaz de recitar de memoria la alineación rojiblanca y hasta los autores de los goles (el único delantero del Athletic que no marcó fue Venancio).

Grande tuvo que ser la impresión que me produjo aquella primera peregrinación a la Catedral, porque todavía hoy me ocurre que, al recordar determinadas jugadas de partidos disputados mucho después (por ejemplo, el golazo de Garay al Barcelona, desde el círculo central, en una semifinal de copa, hacia 1960), las imagino como si las hubiera visto desde la posición, en delantera de general, que ocupé aquella tarde de 1953 (y que no he vuelto a ocupar nunca).

Durante tres o cuatro años fui también seguidor del Indauchu, que había ascendido a Segunda hacia mediados de la década. En Garellano había un espacio, debajo de la tribuna de mecanotubo que instalaron por entonces, reservado para los chavales. Allí íbamos todos los del barrio, entre los que había otros tres, los dos gemelos Bacigalupe y Andoni Artuñedo, el de Radio Popular de Bilbao, que con el tiempo acabarían también de cronistas futbolísticos (Alberto Bacigalupe, Artuñedo y yo seguimos viendo los partidos del Athletic desde el mismo palco de prensa, el 11, de San Mamés).

Un día los Bacigalupe aparecieron con un grueso tomo, la historia del Indauchu, que su padre, periodista deportivo, había escrito, o en el que había participado, y aquello ya nos pareció el no va más de la bibliografía futbolística. Na-

turalmente, con ese argumento de autoridad en su poder, eran invencibles en cualquier discusión. Por ejemplo: Rafa Escudero, aquel interior que falleció en el accidente aéreo de Somosierra, ¿había jugado en el Indauchu antes de fichar por el Athletic? Pues sí, había jugado, porque así lo decía el libro gordo de los Bacigalupe.

Acababa de cumplir los 14 años cuando mi padre me hizo socio infantil del Athletic. Mi localidad estaba en la antigua tribuna de la Misericordia. El primer partido que presencié desde esa posición, detrás de la portería fue un amistoso contra el Chelsea, equipo londinense en el que se alineaba un jovencísimo Greaves, jugador que años después sería gran figura internacional. El Athletic venció por 1-0, y el más destacado de los nuestros fue Arteche. Aquel extraordinario extremo era por entonces mi ídolo, aunque pasarían años antes de que sus arrancadas por la banda y templados centros al segundo palo llegasen a consolarme de la amargura que me produjo la retirada de Gainza.

Yo creía que los héroes duraban para siempre, y me costó acostumbrarme a la idea de que alguien pudiera usurpar la posición de Gainza tal como había quedado fijada en mi memoria en aquella foto de Claudio hijo tras ganar (2-1 al Atlético de Madrid) la final de Copa de 1956.

El capitán, encaramado a hombros de Eneko Arieta, el *morrosko* del equipo, parece a punto de levitar. No solo ha desbordado ya al grupo que le observa en actitud pentecostal, sino que se eleva incluso, en perspectiva, sobre la linde más lejana del estadio, al tiempo que sostiene, en gesto oferente, el trofeo recién conquistado. Arteche, cerebro y administrador de la cofradía, autor de uno de los goles, sostiene a prudente altura la peana de la copa. El entrenador, Fernando Daucik, tocado con sombrero de fieltro gris, se aferra a la pierna izquierda de Gainza, de la que salieron los dos pases decisivos de la jornada, no se sabe bien si para comprobar la naturaleza temporal de la extre-

midad milagrosa, o si para devolver al héroe el contacto con la tierra.

En fin, como soy de los que piensan que la elección de los propios héroes dice más sobre el carácter de las personas que el mejor test psicotécnico, pondré, para terminar, la lista de los jugadores del Athletic que fueron mis favoritos desde que elegí la pelota antes que el caballo: Gainza, Arteche, Koldo Aguirre, Argoitia, Iríbar, Nico Estéfano, Clemente, Rojo I y Sarabia.^[1]

Otra cosa. A ese partido contra el Chelsea, mi debut como socio del Athletic, asistió como invitado especial de la directiva un octogenario del que yo había oído hablar a mi padre con admiración: Mr. Pentland, el «míster inglés» de la canción, entrenador que, a comienzos de los años treinta, dio al Athletic, en cuatro temporadas consecutivas, dos títulos de liga y cuatro de copa (y dos subcampeonatos).

Entonces no me di cuenta, pero pienso ahora que había algo de traspaso del testigo entre dos generaciones en aquel carnet que yo estrenaba, el 8 de diciembre de 1959, en presencia del inglés del puro y el bombín.

(3-11-1985, Revista Athletic).